

LAUS BOLETIN DEL ORATORIO DE ALBACETE

N.º 99-100

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1971

LO ESENCIAL

La esperanza que la Iglesia anuncia al mundo, es el Evangelio es "el reino de Dios". El proyecto de un mundo donde reine el amor. La presencia de la Iglesia en el mundo, las celebraciones del culto, los sacramentos que administra, toda su predicación sus estructuras, sus actividades, su participación o sus iniciativas en todas las empresas de bien, carecerían de valor y de interés sin este anuncio del reino de Dios.

En Jesús, el resplandor es todavía y siempre bastante fuerte para iluminar el mundo. La Iglesia levanta en alto esta luz, y no la esconde debajo del celmín: la luz ha de iluminar a todos.

Por esto la buena noticia que la Iglesia ha de anunciar a los hombres, de parte de Dios, es más que un tratado doctrinal, más que un código moral, más que una política, más —incluso— que una religión reducida a elemento cultural y civilizador.

Cada vez que el mundo ha atravesado momentos fuertes en su transformación y el cristianismo ha estado presente, se ha producido una tensión entre regreso a seguridades amortizables y progresos a una novedad de vida en la que el cristianismo se integraba merced a su esencia universalizadora. Universalizadora más en la concepción y profundización de su mensaje, que en la extensión cuantitativa de las adhesiones. Estas han tenido solamente el valor de la capacidad cualitativa de la fe de cada bautizado, y no siempre lo que se ha logrado extensivamente ha significado un progreso en profundidad y, por lo tanto, en integridad de aceptación del Evangelio. El número de adhesiones o el número de defecciones, entre los bautizados, entre todos los que formamos y somos la Iglesia, sólo de manera bastante relativa, puede ser considerado como índice de la presencia o virtualidad de la Iglesia en el mundo. Un mínimo de sentido so-

bre natural no nos permite considerarlo de otra manera, aunque desde perspectivas mundanas pueda considerarse o juzgarse diversamente. En la Iglesia, la cantidad no siempre es ganancia, ni la disminución cuantitativa pérdida; el crecimiento puede ser inflación, y lo que parece pérdida purificación.

Lo esencial, el sentido y la eficacia de la Iglesia en el mundo se puede resumir, esquemáticamente, en lo que sigue:

1º. LA FE EN JESUS. Fe viva y creciente; no la simple adhesión de confesarle una vez por todas. Por esto es preciso, de manera ininterrumpida,

2º. RECORDAR SU VIDA, SUS ENSEÑANZAS, TODO SU MISTERIO, proyectado sobre la vida del hombre, y no del hombre abstracto —intemporal, inexistente, idealizado— sino del hombre actual, iluminándola,

3º. PROFETIZANDO EL PROYECTO DE DIOS sobre el mundo, contenido en el Evangelio, que responde a todos los problemas de la vida, resueltos en

4º. LA COMUNION de todos los hombres con Dios.

La persistencia totalizadora, progresiva y dinámica en estos cuatro puntos y su eficacia en la vida de los bautizados, sí puede ser un índice de la virtualidad de la Iglesia en el mundo.

LEY DE PRENSA

De acuerdo con la Ley de Prensa e Imprenta hacemos constar en este lugar:

Que según se reconoce en la Orden del Ministerio de Información y Turismo, del 30 de marzo de 1967 el Boletín LAUS pertenece a la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, como Empresa propietaria y editora, debidamente inscrita en el Registro de Empresas Periódicas.

Que los nombres de las personas que componen el equipo redactor que confecciona o revisa los textos que en él se imprimen, son los siguientes: Ramón Mas,

Fernando Ugena, Miguel Abía; el primero como Director de la revista.

Que la revista se reparte gratuitamente y sus gastos se cubren con las aportaciones espontáneas de los amigos del Oratorio. La propaganda que a veces figura en ella es totalmente desinteresada y obedece a fines solamente apostólicos y al fomento de la información y de la cultura religiosa y difusión de la buena Prensa, según la finalidad especificada en nuestros Estatutos fundacionales.

Esta formalidad nos brinda la ocasión de agradecer a nuestros «amigos» su simpatía y su ayuda material, no solo porque hacen posible concretamente nuestra labor, sino todavía más por el aliento afectivo con que nos acompañan.

EL ESCANDALO DE LA NAVIDAD

Llevamos siglos hablando del Adviento de Dios a este mundo, de su encarnación y nacimiento entre los hombres como de una historia. En las épocas de fe era una historia que sumía a los cristianos en adoración y esperanza. Millones de personas, a través de esos siglos, han desafiado la oscuridad y el frío los peligros materiales de la guerra y las tristes revoluciones humanas, el hambre y la pobreza, o el propio dolor, para acercarse, la noche de Navidad, a la iglesia y confesar esa esperanza, alegrarse de esa venida, que trastornó la historia humana y aún toda la evolución del cosmos.

Más tarde, esa historia se convirtió en leyenda. En un mito poético para uso de niños y de las pobres gentes ignorantes; y, pronto, en pura ocasión de compras y regalos, regocijos familiares y hasta orgías y dionisíacas liberaciones de todo un año de represiones. El belén cada vez menos frecuente o el árbol de Navidad se convirtieron también en una especie de lares o penates guardadores de la unidad familiar, a través de esta reunión anual, o bien en pura decoración doméstica de la fiesta. ¿Es que acaso esperan los hombres de nuestro tiempo que ocurra algo

en Navidad? ¿Acaso esperan a Dios? ¿Acaso conmemoran siquiera el nacimiento de Cristo, hace aproximadamente veinte siglos? ¿Acaso les interesa? ¿Acaso los mismos niños piensan en otra cosa que en los regalos de estos días, y los pobres en algo más que en las migajas que, tam-

CONFERENCIAS DE ADVIENTO

21, 22 y 23 de diciembre
a las 8:30 de la tarde

EL MUNDO

LA IGLESIA

Y EL

HOMBRE DE HOY

bién en estos días, caen de las mesas de los opulentos?

Hoy, como ayer, y al igual que mañana, la Navidad está ahí y nos interpela. Hasta cierto punto es bueno, para nosotros los cristianos, que se nos haya vuelto un tal escándalo, que exija tan profundamente de nosotros una conversión profunda, que no nos resulte obvio y banal el contemplar como una evidencia o sentir como algo idílico esta encarnación de Dios.

La fe se nos ha vuelto «funcional»: desde su equiparación e identificación con una cultura y una sociedad o hasta con un determinado sistema de valores, hasta su utilización como adormidera para aplacar las necesidades psicológicas del individuo, dispensándole de la angustia de enfrentarse con los problemas del destino humano y de la historia y de realizar una opción radical frente a la interpelación de este escándalo de Belén.

Paralelamente a la racionalización de la fe en el plano filosófico y teológico, toda la evolución, más o menos inconsciente, de la cristiandad ha ido también en el sentido de arrebatarse a la fe su «escándalo» y de ir domesticando, funcionalizando, idealizando, haciendo inofensiva e irrelevante o ecuándola con los valores mundanos. De modo que, en estas circunstancias, no sería solamente para el mundo moderno y el hombre «operacional» para el que esta fe o el misterio de Navidad resulta incomprensible, sino que somos muchas veces los mismos cristianos los que no esperamos nada ni a Nadie en la Navidad, limitándonos entonces a conmemorar sentimentalmente una vieja historia sucedida hace

veinte siglos. Y todos parecemos conmovidos ante el pequeño Jesús del pesebre.

La teología cristiana posliberal, sin embargo, y la evolución de todas las iglesias cristianas, han reaccionado vigorosamente contra esa banalización y funcionalidad de la fe, contra su abaratamiento y sentimentalismo y su conversión en filosofía, en ética o en comparsa de la cultura, de la sociología, la política o el pensamiento y las costumbres honorables; y el cristiano de hoy difícilmente puede hurtarse a la seriedad de esa fe, a la interpelación de esta Navidad.

Un cristiano nunca podrá reconciliarse con este mundo de desprecio al hombre y de adoración al dinero o al poder, de violencias y de horror, y el Niño de Belén se alzarán un día, se alza cada día, como el impresionante Juez que pintó Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, para condenar a ese mundo. Un cristiano de hoy está más convencido que nunca de que ha de ser en medio de ese mundo, no sólo un espíritu libre y, a la vez, un escándalo por sus categorías de pensar y de vida no operacionales, sino también un «anawim»: es decir, uno de esos pobrecillos de que habla el «Magnificat», simples y obedientes, y entre los que Cristo buscó su parentela terrena. Filón nos dice que, entre esos «anawim», «sería inútil buscar algún fabricante de dardos, de venablos o de espadas... o incluso de objetos pacíficos que podrían ser usados para el mal». Y nunca el mal nos inspira tanto horror como ante esta cuna de pajas del Hijo del Hombre, como nunca la dignidad humana nos inspira tanto orgullo y tanta confianza.

J. JIMENEZ LOZANO

EL CATOLICISMO ESPAÑOL, HOY

José Luis Martín Descalzo, cronista religioso de "ABC", entrevistó, en Roma, con ocasión del Sínodo de obispos, al cardenal primado de España, Vicente Enrique y Tarracón, al cuerpo de cuyo diálogo pertenece el que transcribimos.

LA CRISIS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL

—¿Qué le pasa, que le ha pasado al catolicismo español en estos años?

—Nuestro catolicismo se ha encontrado, de pronto, desbordado por la corriente del mundo. Vemos que nos faltan los esquemas mentales a los que estábamos acostumbrados, que no encontramos las fórmulas prácticas de encarnación de nuestro catolicismo.

—¿Dónde está la raíz de esta crisis?

—En que nuestro catolicismo tenía un conte-

nido insuficiente. Es un catolicismo sincero, pero poco formado. Con un carácter más sociológico que religioso.

—¿Y esta crisis vendría a despertar ese catolicismo o a destruirlo?

—Yo siempre he dicho que, en conjunto, la crisis hay que verla como positiva. Los más alertados de nuestro catolicismo están ya en línea de renovación. La reciente asamblea conjunta ha sido una buena prueba.

—¿No querrá eso decir que vamos hacia un catolicismo de minorías?

—No me atrevería yo a decir tanto. Creo que el catolicismo puede ser decisivo siempre que tenga en su base unas comunidades pequeñas y unas minorías que sean fermento.

—¿Puede hoy seguirse afirmando que «España es una nación católica»?

—Yo pienso que la mayoría de nuestro país tiene fe, aunque grandes

sectores no la practiquen. Creo que los españoles tienen fe para morir cristianamente, aunque quizá no tengan tanta fe para vivir. Esto lo dije una vez en Oviedo y me pegaron muchos palos, pero creo que es verdad. Los españoles reaccionan en católico en los momentos difíciles. Tal vez por esto la mayoría de nuestros actos religiosos son ambivalentes: nuestras misas, nuestras primeras comuniones... nunca se sabe hasta qué punto son actos religiosos, hasta cuál son actos sociales o costumbres adquiridas. De todos modos, yo creo que podremos vivificar la fe de nuestro pueblo si conseguimos crear unas minorías que no se cierran en sí mismas y sean fermento de las comunidades parroquiales y apostólicas y de toda la vida española.

FE SIN COMPROMISO PERSONAL

—¿Cómo es la fe de los españoles?

—Tiene poco de personal. No se ha concebido como un compromiso personal. Es algo que surge del ambiente familiar y social. Diría que es un «derecho» más que una obligación de los españoles. El hecho de que bauticemos a todos sin preguntarnos cómo va a ser su vida posterior, muestra cómo es nuestra fe.

—¿Cómo es el Dios de los españoles? ¿Es ese Dios «de infierno en riesgo» de que hablan los poetas?

—Creo que la imagen más corriente de Dios entre los españoles es la de un juez con la moral en la mano. La moral es para nosotros más importante que lo religioso. Y lo moral entendido como una cadena de prohibiciones. Hablo refiriéndome al español medio, claro está.

—Se ha dicho que somos más católicos que cristianos y en algún libro reciente se ha visto que los españoles saben muy poco de Cristo o al menos ven a Cristo como un ser lejano que tiene poco que ver con sus vidas concretas. ¿Es esto exacto?

—No creo que esto se pueda afirmar de un modo categórico. Yo diría más bien que el católico creyente sí cree en Cristo. Otra cosa es que sepa mucho de él. Para mí ese silencio es, sobre todo, de falta de cultura bíblica.

MORAL PESIMA EN PROBLEMAS DE JUSTICIA SOCIAL

—¿Qué piensa usted del nivel moral de los españoles?

—Aquí habría que hacer varias distinciones. La moral privada no es mala todavía. La moral social es pésima en todo lo que se refiere a problemas de justicia social, a estilo de diálogo en nuestra vida.

—Durante mucho tiempo hemos hablado de la familia española como de una fuente de virtud y de moral. Sigue siendo esto verdad?

—Creo que va perdiendo mucho, que en buena parte eso va derrumbándose, pero habrá que decir que esa familia que siempre hemos cantado era más fecunda en formas burguesas, y en formas y hábitos morales, que en una profunda visión cristiana. Por eso, al depurarse muchas de estas fórmulas y costumbres, nuestra familia se va desmoronando. Muchas de las costumbres familiares religiosas van desapareciendo. La unión afectiva entre los esposos es cada vez menor. La formación de los hijos nunca fue completa; más que formar bien a los hijos se buscaba un buen porvenir.

—Alguien ha asegurado que esto del porvenir económico era el alma de los españoles y ha llegado a

afirmar que éramos uno de los pueblos más materialistas de Europa.

—Yo no comparo ese juicio. Somos un pueblo contradictorio. Evidentemente ha crecido el materialismo en los últimos años; para muchos lo importante es el bienestar conseguido a cualquier precio. Pero, sin embargo, todo tiene su contrapartida: en los momentos difíciles al español le sale del alma el ideal que tenía en el alma.

EL PROBLEMA SANGRANTE DEL MUNDO OBRERO

—¿Cómo ve el mundo obrero en sus aspectos religiosos?

—Ese es para mí un problema sangrante. Los obreros españoles no sólo es que estén alejados de la Iglesia, es que son, en buena parte, hostiles a la Iglesia. Yo he vivido esto en mis años de Asturias. Para ellos la Iglesia sigue siendo un enemigo, alguien que apostó contra ellos, que luchó contra ellos. Y esto a pesar de los grandes esfuerzos que han hecho grandes sacerdotes asturianos. El problema número uno es allí el deshacer recelos.

—¿Qué es lo que echan en cara, sobre todo, a la Iglesia?

—Pada ellos la Iglesia no sólo ha estado enganchada a la política, sino

subordinada a ésta. Acusan más de política que de rica a la Iglesia. Pienzan que hemos dicho cosas bonitas sobre lo social, pero que no nos hemos preocupado por ellos de veras. Por eso yo tuve tanto interés en la experiencia de los curas obreros en Asturias. Hacía falta una presencia viva de la Iglesia entre los obreros. Ya sé que los seglares también son Iglesia y allí teníamos buenos militantes obreros. Pero para el obrero asturiano estos seglares no son la Iglesia; sólo la presencia física del cura les demuestra que la Iglesia llega hasta ellos.

LOS ANTICLERICALISMOS

—Se habla en España de que está creciendo el anticlericalismo.

—Hay varios anticlericalismos. Hay el clásico, el de siempre, que yo creo que ahora es menor. Luego hay ese otro anticlericalismo político de aquellos que se meten con la Iglesia en cuanto alguna actuación de la jerarquía o del clero molesta a sus ideas. Y está, también, el anticlericalismo de los que critican a los sacerdotes cuando se meten donde no les llaman. La verdad es que no faltan quienes, al perder el liderazgo, aún inconscientemente quieren hacer otras cosas

para seguir siendo de algún modo líderes de algo.

EL EPISCOPADO ESPAÑOL Y EL CONCILIO

—¿Qué ha supuesto el Concilio para los obispos españoles?

—Bueno, yo creo que el Episcopado español quedó un poco asombrado y desconcertado en el Concilio. Allí se manejaban unos esquemas a los que no estábamos acostumbrados. Algunos incluso se escandalizaron. Y esto produjo algunas reacciones un poco raras. Evidentemente los obispos españoles han querido todos ser fieles al Concilio. Aunque algunos han cambiado en las formas externas, en los procedimientos, más que en las estructuras.

—Sin embargo, todos reconocen que algo ha cambiado en el Episcopado español.

—Sí, ha ido evolucionando lentamente. Hoy puede decirse que ha cambiado de signo. La conferencia de hoy no es la misma de hace tres años.

—¿Se debe esto a los nuevos nombramientos?

—A los nuevos nombramientos y a la evolución interior de muchos obispos que hoy ven ya con plena claridad qué es lo que Roma y la Iglesia esperan de ellos.

EL CLERO ESPAÑOL

—¿Qué opina del clero español de hoy?

—Atraviesa un momento difícil. Se le va todo aquello a lo que estaba acostumbrado. Y en un primer momento parecía que todo el clero joven se colocaba en una posición constestataria. Pero si se mira desde cerca, se ve que tenemos un clero bueno de verdad, mejor de lo yo creía. Las asambleas diocesanas y la nacional conjunta han sido una buena prueba. Cuando uno se acerca a las personas y a las realidades se ve que, incluso las más en punta, tienen una concepción estupenda del sacerdocio.

IGLESIA Y ESTADO

—Me parece que no podemos hablar de los problemas del catolicismo español sin aludir a sus aspectos de contacto con la política. ¿Estamos asistiendo a una especie de «desenganche» entre la Iglesia y el Estado?

—No me gusta la palabra «desenganche». Yo diría que la Iglesia está buscando la postura que le están marcando el Concilio y la Iglesia misma. Busca su independencia y su libertad. En este sentido la asamblea conjunta ha sido un gran paso y desde luego se darán más en ese camino. No es bue-

no para la Iglesia ni para el Estado el estar demasiado juntos. Esto siempre ha sido verdad, pero hoy se ve más porque está más afinada la sensibilidad para distinguir la religión de la política. Hace poco muchos consideraron que hacíamos política cuando la conferencia episcopal publicó su declaración sobre el sindicalismo. Pero esto es hacer religión y ponernos en nuestro verdadero sitio. Puede parecer que va en contra porque siempre vieron algo diferente. Pero nuestra intención no es estar en contra de nadie, sino quedarnos en nuestro papel de sacerdotes.

EL PAPA Y ESPAÑA

--Muchos ven detrás de todo esto una especie de presión hostil del Vaticano y montan sus campañas sobre la idea de que el Papa no quiere a Es-

paña y a los españoles. ¿Cree que esto es exacto?

—No, desde luego. Esa idea de «Montini antiespañol» es un mito. Yo no tuve contactos con el actual Papa antes de serlo, pero luego he hablado muchas veces con él sobre problemas españoles y puedo asegurar, en primer lugar, que está muy bien informado de todo y conoce muy bien los problemas españoles. Después, que todo lo que él hace es para que sirva al país y al propio Estado. El Papa sabe muy bien que, a pesar de todos nuestros defectos, seguimos siendo un país fiel a la Iglesia y una buena reserva de fe. Hay que juzgar sus palabras como las de un verdadero padre que, si exige, es porque quiere y confía.

--Entonces ciertas campañas de desprestigio...

—O parten de mala in-

tención o de mala información.

EL FUTURO

—Como conjunto, su visión del futuro religioso de España ¿es de esperanza?

—Desde luego. Creo que aún pasaremos unos cuantos años malos, no sé cuántos. Años en que muchas cosas serán discutidas, en los que muchos no podrán seguir el ritmo y se escandalizarán. Pero yo tengo fe en el catolicismo español, porque creo en su sinceridad. Tendremos que lograr una fe consciente, responsable. Eso no es fácil, pero yo tengo mucha esperanza. Tal vez, dentro de quince o veinte años tengamos un número menor de católicos de nombre, pero la Iglesia se purificará y tendrá mucha mayor influencia en las almas y en la vida.

“VIDA NUEVA”-PPC

La revista semanal editada por Propaganda Popular Católica, que le tendrá al corriente de la vida de la Iglesia, en cuya información podrá confiar y le permitirá formarse criterios ecuanimes, desde un punto de vista cristiano, libre de tendencias desorientadoras.

Aproveche el principio del año para iniciar su suscripción, que le costará 150 ptas. semestre o 300 anuales. Dirigirse a:

Acebo, 54.-Ap. 19049

MADRID.-16



FELICES

NAVIDADES

A TODOS NUESTROS

AMIGOS Y LECTORES

LA MISMA ESPERANZA

NO NO DEBEMOS VACILAR NOSOTROS, LOS DISCIPULOS DE CRISTO, EN CAPTAR LA FUERZA QUE NOS NECESITA Y QUE NOS ES NECESARIA, POR EL CONTRARIO, SI NO QUEREMOS QUE SE PIERDA Y MUSTIARNOS NOSOTROS MISMOS, DEBEMOS PARTICIPAR DE LAS ASPIRACIONES, DE ESENCIA AUTENTICAMENTE RELIGIOSA, QUE HACEN SENTIR A LOS HOMBRES DE HOY TAN FUERTEMENTE LA INMENSIDAD DEL MUNDO, LA MAGNITUD DEL ESPIRITU, EL VALOR SAGRADO DE TODA NUEVA VERDAD. BAJO ESTA DIRECTRIZ, NUESTRA GENERACION CRISTIANA SABRA DE NUEVO ESPERAR.

NOS HEMOS PENETRADO LARGAMENTE DE ESTAS PERSPECTIVAS. EL PROGRESO DEL UNIVERSO, Y ESPECIALMENTE DEL UNIVERSO HUMANO, NO ESTA EN COMPETENCIA CON DIOS, NI ES TAMPOCO EL DESPERDICIO VANO DE LAS ENERGIAS QUE LE DEBEMOS. CUANTO MAYOR SEA EL HOMBRE, CUANTO MAS UNIDA SE HALLE LA HUMANIDAD, CONSCIENTE Y DUENA DE SU FUERZA, LA CREACION TAMBIEN SERA TANTO MAS BELLA, LA ADORACION MAS PERFECTA, Y PARA LAS EXTENSIONES MISTICAS CRISTO HALLARA MEJOR CUERPO DIGNO DE RESURRECCION. EN EL MUNDO NO PUEDE HABER DOS CIMAS, COMO EN UN CIRCULO NO PUEDE HABER DOS CENTROS.

EL ASTRO QUE EL MUNDO ESPERA, SIN SABER TODAVIA PRONUNCIAR SU NOMBRE, SIN APRECIAR EXACTAMENTE SU AUTENTICA TRASCENDENCIA, SIN PODER SIQUERA DISTINGUIR LOS MAS ESPIRITUALES, LOS MAS DIVINOS DE SUS RAYOS, ES POR FUERZA EL MISMO CRISTO QUE ESPERAMOS NOSOTROS.

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

CRISTIANISMO SIN IGLESIA

En una época en la que el afán por lograr síntesis elocuentes —¡vivimos tan deprisa!— caracteriza el gesto y las palabras de tantas impacencias, no puede extrañarnos demasiado oír las más contradictorias afirmaciones, como ésta de proclamar «un cristianismo sin Iglesia» que, cuando es proferida sinceramente por espíritus jóvenes, se nos antoja más bien un *cri'o* para significar una intuición **inexpresada** y un **deseo** vehemente de purificación y reforma, que no la urgencia de una fórmula críticamente elegida o alcanzada y que pueda y deba cristalizar en la práctica.

FORMULAS CRISTIANAS

Podría pasar como fórmula, y sería útil para la comodidad y justificación de ciertas actitudes sub-cristianas, o para un cristianismo meramente semántico, con un Evangelio que, si es de Cristo, no se acepta con propósitos de integrarlo en la vida, sino únicamente en lo que de inmediato resulta favorecedor y decorativo; no se niegan las demás cosas, pero se les da la razón sólo de lejos o se silencian —que es una manera cobarde de negar—. Todo lo cual no serían nada nuevo: siempre ha habido profesiones de cristianismo aclesial, especulativas, literarias o egoístas; lo mismo que adhesiones a conceptos de Iglesia descristianizada, reducida a la armazón esquelética, temporal,

humana y manipulable —utilizable— de las demás instituciones terrenas.

Cuando, superada esta desviación formularia y farisea, se levantan voces por «un cristianismo sin Iglesia», lo más probable es que se trate de la precipitación de un énfasis, exagerado hasta la contradicción, en el que se incluye no sólo el dolor por un bien anhelado que todavía no existe —porque se exige de los hombres—, sino el lamento anticipado por otro bien cuya pérdida hipotética se quisiera conjurar, desesperadamente, irracionalmente, amenazando: la Iglesia. En realidad parece que quieren decir que el estorbo para la Iglesia es ella misma, después de un Concilio que juzgan como si hubiese sido el milagro frustrado de una esperanza enseguida frenada; frenada, paradójicamente, por la misma Iglesia, impedimento circunstancial de su propio bien.

¿QUE ES LA IGLESIA?

¿Pero no confundimos, o trasladamos y reducimos el significado de la Iglesia si nos aventuramos a prosperar en esta suposición? ¿No será que la prisa no nos deja pensar, o el ruido entender, o el miedo señalar?...

Encontrarse, reunirse en nombre de Cristo, tal como él nos predicó para asegurar la continuidad de su presencia en medio de nosotros, ¿puede ser jamás un

estorbo en el camino del cristianismo? ¿Qué es la Iglesia sino encuentro, unión, reunión, comunidad y comunión con Cristo, en Cristo? ¿Por ventura sería posible, sin ello, el amor, esencia del cristianismo?

Lo que pasa es que se confunde y reduce el significado de Iglesia, y la reducción apunta, sin expresarlo con la debida claridad —¿es todavía un resto de resp.to?— a la parte dirigente de la Iglesia, a la jerarquía, sobre la cual, absolutizadas se descargan todas las exigencias. Absolutización y delegación de exigencias que impiden un buen juicio y estorban el mismo bien deseado.

En primer lugar pedimos del elemento humano de la Iglesia —realmente de una parte de la Iglesia— todavía peregrina, logros que son de la meta y no del camino. Y olvidamos que en el conjunto de la vida de la Iglesia ha prevalecido siempre la fidelidad, por lo menos, a la substancia de su misión evangélica, sin lo cual ni ella misma seguiría revisando, como hace, su identidad cristiana, ni tendrían datos, los que la miran y la juzgan, para exigirselas. Siempre hemos de agradecer que el Evangelio nos ha llegado a través de ella; aunque no debería bastarnos, tanto desde dentro como desde fuera de la Iglesia, que esto se realizara de un modo solamente material, porque la Iglesia, por voluntad de Cristo, no puede reducirse a una especie de agencia evangélica o de red de mensajes sobrenaturales, útil pero aséptica.

DELEGAMOS EXIGENCIAS

En segundo lugar, delegamos exigencias. La Iglesia somos **todos** los bautizados. Un pueblo puede pasar por deportista si tiene o sostiene un equipo o unos atletas que ganan campeonatos, cuyos triunfos relevan de practicar la cultura física a los seguidores o espectadores que aplauden o vitorean. En realidad se trata de una mentira por la que el verdade-

ro deporte ha degenerado en simple espectáculo. En la Iglesia esto no puede ser sin que se caiga en parecido falseamiento, sin convertirla en espectáculo de una determinada cultura. No basta que en un pueblo haya un santo si no es santo el pueblo: porque también ahí, en lo tocante a los santos, se ha exaltado el heroísmo de las virtudes de unos pocos para que sirviera de ejemplo a los muchos, pero no se ha tardado en restar la eficacia del ejemplo recordado con el paganismo de la folklorización que, entre otras desviaciones, ha facilitado la cumplida delegación de exigencias mitificadas en unos cuantos seres «extraordinarios» que cumplieron por todos, «honra y prez» etc. de pueblos y naciones... donde, tantas veces, la incomprensión y la persecución de los de su misma raza constituyó el crisol de sus virtudes.

No podemos delegar, sino que entre todos hemos de hacer. Tampoco podemos olvidar que el camino no es meta, si bien el camino es para caminar, no para estar en él: el camino se hace andando, recordaría Machado. No caminan los muertos, o los que adoptan la posición de la muerte; los que no caminan, estorban.

Se trata pues de acelerar el paso y de animar y ayudar a los que están al lado. No se trata de pararse en la orilla y censurar o vitorear el mal o buen andar ajeno. Por otra parte, y aunque fuéramos investidos de capacidad para emitir juicios, sólo podríamos fijarnos en lo poco que contemplamos desde nuestra reducida y momentánea visión: no hemos visto toda la carrera.

A PESAR DE TODO ...

En el mundo ha habido y hay muchas instituciones. De las pasadas nos cuentan que tuvieron un camino y que acabó, casi siempre brevemente; de las presentes, vemos con cuántos recursos y violencias consiguen mantener su periclitante existencia. Incluso en este aspecto simple-

mente registable históricamente, la Iglesia existió y sigue existiendo porque la vemos pasar por los caminos de nuestra época, sin ejércitos y sin los medios y presiones de los poderosos del mundo. Aunque, sí, es cierto que el vértigo de las grandezas y de los poderes de este mundo, en determinados momentos de su caminar, o la han dominado o intentado seducir y hasta planteado la tentación de que el simple poder humano pudiera entrar en función de la propagación del Evangelio o de la garantía del mantenimiento colectivo de la fe de los pueblos. Pero esto es un riesgo temporal inevitable para todo lo que tenga, aquí, un lado humano. También Cristo fue tentado: «Si me adoras, te daré...», le dijo el diablo.

A pesar de todo, nada ha destruido jamás el cumplimiento esencial de su misión. Y sigue caminando, mientras que otras instituciones ya no existen, y las que existen serán suplantadas por otras que les sucederán, brevemente, para ceder el puesto a otras... Sólo la Iglesia, que predica y anuncia con imperfección de medios, el reino de Cristo —que no es, como los demás, un reino de este mundo— seguirá su camino espiritual, purificándose por los mismos cansancios y sufrimientos y esperanzas de su andar, y purificando a todos los que, sencillos y sinceros de espíritu, se le acerquen y admitan su mensaje sin detenerse en el camino.

La Iglesia, madre espiritual de los que tienen fe en Cristo, y también madre, en esperanza, de los que a Cristo se acercan con el amor —inconscientemente ya cristiano— a la verdad a la justicia, a la paz entre todos los hombres, es, en su apariencia visible, y a la luz del Evangelio, directamente creciente en hermosura, al revés de lo que ocurre con las otras madres, que los años envejecen. La juventud y la hermosura de la Iglesia no se puede calcular por su proximidad al origen que le dio la existencia, sino por su acercamiento a la coronación de su fin: los años —los siglos— le confieren más belleza y agilizan su andar. San Pablo, en el lejano primer si-

glo, apenas nacida la Iglesia, habla de «arrugas» en su rostro. Hoy tiene menos, y San Pablo la encontraría más hermosa. Porque la Iglesia «se hace mientras camina», se purifica mientras espera, se enriquece mientras se desprende, y se santifica cuando los justos según el mundo la acusan.

EL BIEN DE LAS IMPACIENCIAS

Las impacencias son necesarias, providenciales, hacen bien, porque alertan con sus exigencias. Hasta es posible que las que nos parecen más irracionales no sean más que la reacción apasionada contra el inmovilismo de algunos que pretenderían, por falta de visión espiritual de la vida y de aceptación de los signos providenciales de los tiempos algo equivalente a un regreso a la Sinagoga o a una legitimación de un paganismo no superado. En la quebrada ascendente de la purificación de la Iglesia a través de su camino por el mundo, los tramos o declives negativos corresponden a la presión de los poderes de este mundo sobre el cuerpo de la Iglesia y a las «censuras» de los conservadurismos sobre el Evangelio. Pero estos conservadurismos son finalmente coincidentes con las últimas consecuencias de «un cristianismo sin Iglesia»: les basta una Iglesia-espectáculo con devociones folklóricas, y un Evangelio «censurado»; les basta una decoración que favorece desde fuera, y no es exigente desde dentro —desde el espíritu—, dejándoles libres para las codicias paganas.

¿Qué pasa en la Iglesia de hoy? —No pasa nada y pasa mucho: pasa que se esfuerza por comprender el tiempo y el mundo en que vive; que no quiere condenar, sino redimir; que no quiere dividir, sino reunir; que quiere despolitizarse; que quiere ayudar a todos los hombres diciéndoles —esforzándose para que le dejen decir— toda la verdad de parte de Dios: amor, justicia, esperanzas, renovación y transforma-

ción del mundo; pasa que, porque quiere otro mundo más conforme con la voluntad de Dios no realizada en las injusticias persistentes, ausculta cualquier iniciativa que, aunque no sea suya —¡Ella no tiene la exclusiva!—, pueda «no estar lejos del reino de Dios» y así, «sin romper la caña quebrada, ni apagar la llama vacilante» contribuya a la redención —al rescate— que ha de acercar el mundo a Dios.

Resulta que esto no agrada a los establecidos y acostumbrados a que nadie, ni la Iglesia, les contradiga, porque de ella quisieran no solamente la mansedumbre que no denuncia, sino la colaboración que la corrompe. Y entonces se esfuerzan en sembrar el desconcierto y manipulan la misma verdad de las cosas santas, o simplemente se alegran de que alguien, irreflexivamente, proclame «un cristianismo sin Iglesia», porque una Iglesia cristiana no les interesa, y un cristianismo sin Iglesia no es solamente una vaporosidad filosófica, un romanticismo inoperante sin consecuen-

cias para cualquier egoísmo o cualquier injusticia.

NECESITAMOS IGLESIA

Necesitamos Iglesia, en constante aproximación al Evangelio, fiel a su esencia y dialéctica con la vida.

Para la Iglesia hoy no pasa nada más que se mueve, camina, que no se puede detener. Cada uno la mira y la juzga según esté o no esté dispuesto a andar. Tampoco tiene ella más debilidades que las de los hombres de nuestro tiempo, y a veces incluso menos. No pasa nada: el que quiere caminar que la siga, que «la haga»: el bien no está todavía hecho, los absolutos no existen en este mundo. Se trata de caminar acercándose a él. Iglesia somos todos los bautizados si no traicionamos la buena voluntad de ser fieles al bautismo que nos incorporó a Cristo para pasar por el mundo como El pasó: **haciendo el bien.**

A través de cada generación, parece como si la Iglesia desfallece y que triunfan los que la combaten. Pero no es el mundo, sino la Iglesia la que va triunfando. Los reinos se desmoronan y se hunden, las dinastías comienzan y se extinguen, los príncipes nacen y mueren, las instituciones, las sectas, las filosofías se hacen y deshacen. Ocupan solamente un tiempo; pero la Iglesia es eterna: aunque, en apariencia, ellos parecían tener una gran importancia.

J. H. card. Newman, C. O.

CUATRO COSAS PARA LA JUSTICIA EN EL MUNDO

**¿QUE PODEMOS HACER NOSOTROS, LOS CRISTIANOS, ANTE LA
CRISIS DE JUSTICIA QUE SE AGRAVA SIN CESAR
EN EL MUNDO?**

Bárbara Ward, auditor seglar en el Sinodo, se hacía esta pregunta en su intervención en la XXI Congregación General, el 20 de octubre pasado, y preveía una respuesta basada en estos cuatro puntos:

PRIMERO: poner en movimiento un proceso continuo de educación de todos los católicos para informarlos de los hechos relacionados con los problemas de la justicia en el mundo y de la interdependencia con que a todos nos afectan por el hecho de habitar en un mismo planeta. Esta educación debe darse a través de los libros, en los sermones, en la escuela primaria, en los seminarios y en todas partes donde el cristiano pueda enseñar y educar.

SEGUNDO: hacer un llamamiento a todos los católicos pertenecientes a los países desarrollados para que se unan con todos los hermanos cristianos y con todos los hombres de fe, para exigir de sus respectivos Gobiernos que se comprometan, de manera durable, a realizar las ingentes transferencias de recursos, y a crear las oportunidades duraderas de comercio internacional sin las cuales es imposible el desarrollo.

TERCERO: instar a todos los católicos del mundo —tanto en los países desarrollados como en los que están en camino de desarrollo— a que reexaminen a fondo sus propias estructuras sociales y sus niveles de vida individuales. Muchos disfrutamos de estructuras de la propiedad que nos benefician con excesiva prodigalidad, y de réditos que hacen de nosotros los privilegiados de la tierra. Desde el punto de vista cristiano debe exigirse mayor sacrificio personal y una modestia en el vivir que sea más fiel reflejo de la justicia que debe reinar tanto a nivel local como internacional.

CUARTO: que la misma Iglesia se inspire en el más estricto espíritu de justicia y de pobreza en el desarrollo de todas sus actividades. Muchos hombres, en el confuso mundo de hoy, buscan un signo que les descubra el sentido de la vida, y la Iglesia debe ser la prefiguración de este orden planetario y universal anhelado.

NAVIDAD DEL SEÑOR

MISA DE MEDIANOCHE

La iglesia se abrirá media hora antes (11'30) de comenzar la celebración.

Se ruega la colaboración de todos para la observancia del debido silencio y corrección que merece la casa de Dios.

La noche de Año Nuevo,

OCTAVA DE NAVIDAD **MISA DE MEDIANOCHE**

LAUS DEO